

-¡Hija del cielo! ¿Qué quieres?...

# Coyolicaltzin

Ĭ

L gran imperio mexicano brillababa en el apogeo de su gloria y de su poder guerrero. Las invencibles legiones de Ahuizotl teñán sus macanas en la sangre de cien pueblos, y sus estandartes victoriosos se paseaban desde las regiones septentrionales de Xalisco hasta los bosques perfumados y ardientes de Nicaragua y los vergeles paradisiacos de Tehuantepec. Diariamente llegaban de los más lejanos reinos sometidos á los palacios de la gran Tenochtitlán, cortes suntuosas de ancianos embajadores á depositar los crecidos y valiosos tributos que alimentaban y saciaban los apetitos de la nobleza y del ejército. Millares de esclavos edificaban templos y almacenes que pudieran encerrar los tesoros que se acumulaban, y nunca como entonces debió haber estado tan satisfecho el feroz Huitzilopochtli cuando tan propicio se mostraba á las ar-

mas de los señores de los lagos, sin duda en premio de las formidables hecatombes con que Ahuitzotl celebraba sus victorias.

Las vastas conquistas de sus antecesores gloriosísimos Moctezuma y Axayacatl se eclipsaban ante las nuevas tierras, dominios y reinos sometidos tras crueles batallas.

Sólo dos orgullosas naciones se erguían independientes, libres y soberanas dentro del imperio y sólo ante ellas se habían estrellado las armas mexicanas: el reino de las altas Mextecas y el valle de los zapotecas.

Los ejércitos de los emperadores se habían apoderado de los lugares más accesibles de las Mixtecas, como Tlaxiaco, Tamazulapán y Yuchuitlan; pero faltaban las ciudades más poderosas y el verdadero corazón del altivo reino: Achiutla y Sosola, encumbradas en lo más fragoso de aquellas colosales tierras que son el recio baluarte del fértil valle en que se tendía la nación zapoteca.

El gran Ahuitzotl anhelaba dominar á tan terribles naciones que escapaban de su yugo fatal.

Los comerciantes que seguían á las naciones guerreras y que se habían internado en las regiones del valle, contábanle maravillas de sus riquezas y de la delicia de sus bosques frutales. Además, deseaba abrirse paso hacia Tehuautepec, atravesando el valle y no hacer el largo y peligroso rodeo por las costas de Cosamaloapan ó Huatelco.

Así es que llamando á toda la brillante juventud guerrera de su imperio levantó un brillante, fuerte y numeroso ejército para emprender la campaña.

¡Ay de los bravos mixtecas y zapotecas!

II

En Teozapotlán, capitál de esta nación, reinaba el sagaz, prudente y caviloso Zaachila; tipo perfecto y acabado de las cualidades de su raza, ciertamente heróica, pero ante

todo desconfiada, sutil, astuta, precavida, tortuosa, fina y diplomática.

Era todo un gran genio ese rey que recelando del poderío de sus vecinos los mixtecas, valientes, generosos é ingénuos, pensó debilitarlos en su provecho lanzándolos contra los mexicanos con cuyos embajadores entró en negociaciones, prometiéndales entregar los desfiladeros y pasos de los Mixtecas, pero envolviendo á unos y á otros en sus astutas intrigas para que chocando recíprocamente se debilitaran... Sabía política de la que resultaba la seguridad de su patria... ¡El cerebro de aquel rey zapoteca valía más que un ejército!

# Ш

¡Cayeron feroces y terribles las legiones de Ahuitzotl sebre las tropas y mixtecas en las márgenes del río San Antonio, dándose batallas tremendas en sus bellísimas y majestuosas riberas!

Los mexicanos recibieron diluvios de piedras, rocas y flechas y á centenares rodaban al fondo de los barrancos... fué imposible el triunfo y tuvieron que retroceder.

Entonces Ahuizotl convino con Zaachila quien permanecía à la expectativa, à la retaguardia de los mixtecas, en pasar por el río de las Vueltas, paso que los zapotecas debian defender.

El emperador pasó sin disparar ni recibir una fiecha, se internó en el Valle respetando lealmente á los zapotecas y siguió su marcha hasta Tehuantepec, no sin dejar una fuerte guarnición á su espalda, en el extremo de un bosque de huajes para prevenir cualquier ataque y cubrir su retirada en desgraciado evento.

¡Aquella guarnición mexicana se convirtió en un pueblo que se lzamó Huaxyacac, y fué más tarde la célebre Oaxaca, la interesante y bella matrona de tan digna misión en el gran drama de nuestra historia!

Burlado, corrído, debilitado, regresó Ahuitzotl á México bordeando por la costa, pero para ganar á su favor á Huitzilopochtli, le sacrificó treinta y cuatro mil prisioneros mixtecas.

Zaachila, sin derramar la sangre de los suyos, había sido el vencedor en la cruenta campaña.

¡Juró renovarla hasta aniquilar á sus vecinos los bravos mixtecas, jadeantes y heridos, y debilitar y alejar á los mexicanos!

¡Pero dos mujeres; una, espantosa, trágica, fuerte y eterna, y otra bellísima, amante, débil y mortal, impidieron sus designios...! La muerte era la primera, la segunda se llamaba Coyolicatlzin.

# IV

No solamente los mismos ejércitos conquistadores eran tremenda plaga en los paises conquistados, sobre los cuales vivían, sino los comerciantes mexicanos que como bandas fatídicas del exterminio precedían y acompañaban á las legiones, imponiendo su voluntad á los pueblos tributarios.

Y jay! de la nación sometida al imperio que maltratase ó se negara á transigir con los comerciantes mexicanos; sobre aquella caería la cruel macana de la soldadesca enfurecidal

El astuto Zaachila, para renovar la guerra, hizo que cerca de los antiguos y venerados santuarios de Mictlan un destacamento de mixtecas atacara numerosa caravana de comerciantes que regresaban del Sur de Tehuantepec cargados de tesoros, animales raros, perfumes, plumas riquisimas y afelpadas pieles que iban á ofrecer á los nobles de Tenochtitlán.

Todo el regio bagaje fué quemado, asesinados los tratantes y arrojados sus cuerpos en los abismos de las sierras para que fuesen presa de las aves carnívoras que enflaquecían ya, por la falta de combates, después del hartazgo de la última campaña.

Tremenda es la cólera del emperador. Pronto equipase un nuevo ejército al que el monarca Zapoteca franquea el paso, y cae sobre Mictlán que está custodiado por mixtecas... Y ni un solo habitante quedó, ni una choza en pie, ni un anciano, ni un niño; todo fué pasado á macana y fuego, conduciendo á México miles de prisioneros que fueron sacrificados en el templo del dios de la Guerra!

Zaachila conferenció con el rey de los mixtecas para ver de vengar la hecatombe sacrilega de Mectlan, exponiéndole un vasto y bien combinado plan de campaña.

¡Tan bien combinado era que de él resultaría nada menos que la ruina de la juventud guerrera mixteca y mexica... y después, sobre los restos de ambas naciones surgiría, nueva, fresca, lozana, y fácilmente triunfadora la juventud zapoteca... ¡Oh! célebre y política Zaachila, Bismark indiano, de penacho de plumas y profundos ojos negros, la muerte te negó la sonrisa fina y diabólica de tu gran triunfo; más ahí está tu digno hijo, el gallardo, valiente, impetuoso, -¡Oh! demasiado impetuoso; pero también astuto y sutil—príncipe Cosijoeza quien te sucederá en el trono! .. ¡El continuará tu obra!

# VI

Y fué como el surgimiento de un sol de gloria para las ciudades que prosperan en el valle de Oaxaca, defendida por los altos y formidables muros de las Mixtecas de heróico prestigio, la aparición al frente del reino zapoteca del ilustre Gosijoesa, quien había heredado todas las cualidades de su padre, más un valor indómito, una constancia inquebrantable y un amor á la gloria y á su patria.

He aquí que continúa la política del sagaz Zaachila: conviene con el rey mixteca en que éste le dé el mando de sus ejércitos, para que abriendo paso á las legiones de Ahuitzotl, lo encierre en el Valle y le sorprenda aniquilándolo en la mejor oportunidad.

El generoso rey mixteca, de alma grande como las montañas en que vive, de corazón noble y heróico como todos los hijos de las alturas, amado por su pueblo tan generoso y valiente como él, fuerte cual las rocas que erizan las agrias serranías, convoca de nuevo á los hijos de los valientes que murieron en las recias batallas ó en el abominable templo del idolo mexicano. Forma nuevo y aguerrido ejército y leal y abiertamente lo entrega á Cosijoesa para que disponga de él.

El espectáculo del patriotismo mixteca, la lealtad de su rey, la apostura marcial de los guerreros y el convencimiento de que agotado aquel ejército, surgiría otro que le vengaria, hicieron que el principe cambiara de frente en su política temiendo envolverse en sus propias redes. Así es que declaró la guerra á los mexicanos, corriendo hacia Tehuantepec, región feraz, riquísima, pródiga en delicias pintorescas, parajes hermosos y bellisimas mujeres, joya regia de la corona de Ahuitzotl, diamante valiosisimo que el audaz zapoteca pensó arrebatarle á fuerza del heroismo y la sangre del ejército mixteca.

Tehuantepec y las demás regiones del Sur fueron sojuzgadas por el nuevo invasor, sacando de allí terribles elementos de guerra, innumerables víveres, armas y prodigiosa cantidad de yerbas venenosas para las flechas, lan-

zas, macanas y piedras arrojadizas.

Y mientras Ahuitzotl levantaba el más formidable ejército de que hasta entonces se tuviera noticia, arrancando todos los hombres de sus vastos dominios para enviarlo á traerle à Cosijoesa con quien pensaba hacer horroroso escarmiento, el hijo de Zaachila se parapetaba en lo alto de elevada y abrupta montaña en cuya cima construyó inmensa fortaleza de muros altísimos como cerros, contramuros, fosos más hondos que barrancos... Y tras ellos, en la plataforma de la cima sembró granos, esparció animales que debían multiplicarse, abrió surcos que traían agua de manantiales de más altas montañas; hizo estanques que pobló de peces alimenticios, trajo de las regiones del Sur, del Océano por donde el sol muere y del Golfo en que surge, artifices armeros, mujeres viejas, sábias en envenenar las armas y en curar las heridas; el río que al pie de la montaña corría lo erizó de rocas y aportó millares de guerreros nuevos, al ejército que esperaba al de Ahuitzotl que tan orgulloso llegaba, creyendo que por atravesar hasta allí sin resistencia, sería invencible.

# VII

Los ejércitos mexicanos llegaron acampando en las anchas vertientes de la mantaña en que se guarecían las fuerzas mixtecas, zapatecas, mijes y tehuantepacanas al mando de Cosijoesa, y bien pronto el sitio empezó con ataques inverosímilmente espantosos: desde lo alto de los muros rodaban avalanchas de rocas en turbiones de flechas envenenadas, oleajes de muerte, batallas tan crueles que los muertos no se contaban sino por masas de centenares... de los flancos del abismo se hicieron sepulcros de legiones... las carnicerías nocturnas con el incendio de los bosques de las faldas de los montes se iluminaban y la catástrofe se sucedía al pie de las altísimas murallas, de las que descendían gruesos hilos de sangre humeante, caliente y roja en donde abrevaban las aves ébrias y ahitas en el festín de la matanza diaria...

Ahuitzotl en persona tuvo que ir al frente de un nuevo ejército à reforzar las aniquiladas legiones, y el ejército del bélico emperador también se estrelló contra las ciclópeas murallas... El hermano del augusto caudíllo va en su ayuda con un tercer ejército más aguerrido, veterano, fuerte y

numeroso; pero después de cuarenta y nueve batallas, ciento cincuenta y tres asaltos en ocho meses, los mexicanos se encontraron al pie de la formidable montaña...

# VIII

¡Aquel hombre que había sacrificado centenares de miles de hombres á su orgullo, amaba con ternura á su divina hija Coyolicaltzin—copo de algodón—cuya hermosura y virginidad no quería que fuese vista de ningún humano...

¡Ella debía vencer al formidable rey Cosijoesa!

Envió sus embajadores de paz al rey zapoteca... y éste, confiando en las tropas mixtecas que guardaban la montaña, dióse á descansar en sus dominios de Tehuntepec...

Albercas deliciosas de sonoros manantiales, frescos, transparentes y azules recibían el cuerpo del adusto Cosijoesa, quien nadaba con placer en el cristal de las ninfas, bajo follajes floridos y aromáticos, escuchando el canto de las vírgenes hijas de los héroes mixtecas...

A la hora de bochornosa siesta, el augusto monarca, solitario, ávido de frescura iba á sumergirse en azul estanque, cuando repentinamente retrocede estupefacto ante prodigiosa mujer, virgen, de regios adornos, ruborosa, vacilante y trémula...

—¡Hija del cielo!... ¿Qué quieres?... Te juro darte todo mi poder porque ninguna otra doncella como tú debe habitar en el muudo... El alma del Universo te envía á mí... ¿Qué quieres?...

—Señor,—contestó la doncella,—que me ames... Supe que eras grande y te adoré... déjame ungir tu cuerpo con el jabón sagrado.

—¡Tu voluntad es la míal... ¿Qué quieres aún?... suspiró el monarca.

—Mira, yo soy la princesa Coyolicaltzin, hija de Ahuzitotl; me sentía atraida por tu grandeza; te amo y me amas... yo estaba destinada á los dioses; ¿pero qué más dios que tú?

Pero para que seamos felices áliate, con mi padre, él es grande como tú, sellen la paz y ya no se levanten sus macanas...! Lo pido yo...!

-Así será...

Al pronunciar estas palabras la doncella corrió, internándose en los verdes cañaverales...

En vano la persiguieron los guardias de Cosijoesa.

# IX

La espantosa guerra terminó. Los emisarios del gran zapoteca fueron á la corte de Ahuitzot para escoger la más linda y pura virgen; y naturalmente le trajeron en andas de oro y plumas preciosas, á la que los mexicanos llamaban Coyolicoltzin, y á quien los zapotecas nombraron Pellaxilla.—Copo de algodón,—amorosa mujer que debía dar la felicidad á los antiguos reinos del Valle de Oaxaca,—sér que fuê rayo de luz blanca en un mar de sangre!





La salvó á través de las sierras...

# El amor del chontal

1

HERSJALM era un chontal jigante y bárbaro entre los más bárbaros y jigantes chontales de las agrias sierras.

Rey y caudillo de salvajes hordas dispersas, amaba la sociedad de las altísimas rocas vestidas de nieblas, donde —frío camarada de los torvos aguiluchos—dormía la siesta augusta de un soberano indiscutible y fuerte.

Devoraba con predilección entrañas de niño y sesos de hombres, y prefería la sangre caliente sorbida en las venas abiertas de la víctima, al fresco licor de los cocos tiernos.

Cegaban los relámpagos de sus pupilas negras acostumbradas á los horizontes inmensos; su chata nariz, fina como la del lobo, olfateaba desde las alturas á las presas vivas del fondo de los valles; sus brazos, recios y brutales, levantaban rocas para aplastar ejércitos y desgajaban árboles para cerrar las cavernas en que guardaba su botín; sus piernas eran largas, macizas y ágiles, tan ágiles que parecían alas, y tan elásticas que le hacían saltar de roca en roca, de la barranca á la cumbre, del fondo del abismo negro á la cúspide que se perdía en el azul.

Era todo un soberano bárbaro. Arriba le amaban las águilas—á las que obsequiaba con desdeñosa protección las piernas y brazos y toda la carne demasiado dura que le sobraba de sus presas—abajo, le huían las fieras y espantaba á los hombres. En los anchos ríos, luchaba nadando con los lagartos acorazados y de temible cola.—Con sus pieles se cubría el pecho para librarse de las flechas de los hombres civilizados; mixtecas, zapotecas y mexicanos.—Su voz retumbaba como un trueno, agrandaba en ronco caracol por las concavidades de los montes, para llamar á sus súbditos, los bárbaros chontales y los salvajes chochos, quienes acudían, llegando del ardoroso Sur, del Norte, donde el azteca imperaba, del Oriente, de abruptas montañas y de las regiones donde los grandes ríos derraman sus aguas en el rugiente mar...

¡Ay de las caravanas de comerciantes! ¡Ay de los viajeros á quienes sorprendía el colosal jigante!

Todos—hasta el bravo mixteca de indomable vigor para la guerra, el mije huraño y el astuto zapoteca—temían al formidable Chersjalm.

# П

Ahora ved á Chersjalm, el gran jigante devorador de entrañas humanas, el soberano fuerte y ágil, amigo de las águilas, temido por las fieras, vencedor de los lagartos, espanto de valientes mixtecas y de feroces mijes; ved á Chersjalm, esclavo, tímido, tembloroso, velados los ojos terribles de negras pupilas abarcadoras de horizontes infi-

nitos, doblada la cabezota de cabellera bárbara, conduciendo, ligado á sus lomos, el trono de oro y perlas en que se sienta la dulce y bellísima Goyolicaltzin!...¿Cómo no, si el tremendo rey de las sierras la vió, la amó, y quiso ser esclavo de la gran reina de Teozapotlan para ser feliz mirándola?

# Ш

He aquí como fué el génesis de semejante prodigio:

Chersjalm dormía una tarde cuando de súbito se levantó de un salto, lanzando un grito de dolor y rabia: larga sierpe se le había enroscado en el cuerpo, mordiéndole el pecho. Violentamente la arrancó de sí, despedazándola con furia, mas comprendiendo que el veneno del reptil era mortal y sabiendo que en las márgenes de un río del valle crecía una planta que era el único antídoto, corrió por entre las malezas: y saltando, volando casi, sin detenerse un momento, devoró distancias enormes, haciendo huir hombres y fieras à su paso; le sorprendió la noche; pero él siguió su carrera feroz y rugiente por el dolor. En las tinieblas, por entre bosques espesos, trepando, bajando, arrastrándose, sintiendo ya las primeras quemaduras de la fiebre, siguió hacia el río. El nuevo día halló al jigante en plena carrera; pero ya extenuado, jadeante, moribundo .. Llegó al fin à las deliciosas riberas de magnificos vergeles floridos, perfumados y frescos.. busca entre los arbustos y el follaje, pero sus pupilas, antes tan poderosas, se nublan; por primera vez en su vida siente el cansancio, el desaliento v la tristeza

Comprende que va á morir, que ya nunca más gozará de la alegría de ser fuerte, de saltar, de ver los inmensos paisajes de la montaña, de luchar y de vencer. recuerda los nidos de águilas, mira las ondas precipitadas del río, y en ese mismo instante ve la planta salvadora á sus pies;

se inclina, la arranca y desesperadamente la lleva á su herida que mana una sangre negruzca y fétida; pero ya no tiene más fuerzas, y su cuerpo terrible se desploma.

#### IV

Gayolicaltzin, esposa de Gosijoesa, rey de los zapotec»s, paseaba aquella mañana por los jardines de uno de sus palacios de campo, en Tehuantepec, donde en honor de los embajadores aztecas que á aquel reino enviaba su padre Ahuitzotl, se preparaban grandes fiestas, banquetes y cacerías.

Acompañábanla algunas mujeres de su servidumbre, atentas á cumplír sus menores caprichos.

La hermosa reina lanzó un grito de sorpresa al ver el enorme cuerpo del jigante que se retorcía, contrayéndose por atroces dolores.

Y como era tan buena como curiosa, la joven Coyolicaltzin se acercó, y todos observaron sobre la herida las hojas de la planta. Entonces, comprendiendo que ésta era la medicina, la misma reina le frotó el pecho. Chersjalm abrió los ojos y fébrilmente contempló con instintivo agradecimiento á su buena protectora, quien ordenó que se le trasladara á la cámara de las sábias curadoras para que se le atendiera.

#### V

¿Quál no sería el espasmo del rey zapoteca, de sus generales, de sus ministros y de los ancianos embajadores del Emperador mexicano, que tanto se desesperaban de no poder dar caza con verdaderos ejércitos á Chersjalm, cuando lo vieron retorcerse en la estera en que le atendía una vieja sabia curadora!

El terrible chontal yacía, presa de de una espantosa fiebre; sentia dolores tremendos como si le rompieran los huesos, y eran tan espantosos sus aullidos, que los ecos de los valles los repetían, llevándolos á las lejanas montañas de las sierras. Todos contemplaban con asombro al temido jigante, á quien Cosijoesa pensaba someter á horrible suplicio, como cactigo ejemplar de sus bárbaras rapiñas.

Mas he aquí que se interpone Coyolicaltzin, diciendo noblemente:

—No puede ser así; no ha sido tomado en franca lucha; que combata como en mi patria se acostumbra, con cinco de los más bravos y pujantes guerreros. Si los vence le daremos libertad y sino, será entonces sacrificado.

Cosijoesa adoraba á Coyolicaltzin, así es que ordenó que se respetara al chontal.

# VI

La ciencia de las curadoras de la corte zapoteca le salvó la vida. Pero era grande el asombro del bárbaro al contemplar aquellas suntuosidades del palacio, las finísimas esteras, los tapices de algodón bordados de plumas de colibrí, las pinturas de las artistas y sobre todo la gentileza de la reina que le visitaba. Había quedado débil y extenuado, sentía algo extraño y dulce al ver tan cerca de si, el cuerpo de la deslumbrante Coyolicaltzin.

Cuando ella se acercaba sentía él violentos impulsos de arrojarse sobre ella y llevársela como la mejor pieza á lo alto de sus montañas; pero más que los guardias que le custodiaban, le defenía el fulgor tranquilo de su mirada, clavándole sobre la estera en que yacía.

#### VII

Al fin le dijeron por conducto de un anciano esclavo chontal quien también había sido terrible en su juventud, que tendría que batirse con dos fuertes campeones mixtecas, dos mijes y un zapoteca armados con escudos, macanas y gruesas mazas

El solo debía llevar su coraza de pieles y una macana pequeña.

Nobles, guerreros, sacerdotes, embajadores y una multitud de soldados y gente del pueblo acudieron en torno de la gran piedra, sobre la cual se libraría el combate.

La reina y Cosijoesa, rodeados de los embajadores aztecas, estaban bajo un toldo de algodón bordado de perlas, conchas, lentejuelas de oro y plumas maravillosas.

La corte llegaba de una cacería en que los capitanes mexicanos habían realizado proezas... los criados cargaban cestos enormes rebosando animales cuadrúpedos de los bosques y una infinidad de aves acuáticas que eran la delicia de la reina. Después de la lid empezaria el banquete.

# VIII

Instantánea fué. Nadie se dió cuenta cómo sucedió que rodaron derribados, con los cráneos abiertos, los cinco adversarios de Chersjalm. Unicamente se vió que extendiendo los brazos giró sobre sí mismo en el instante en que aquellos se abalanzaron sobre él. . Un espanto glacial conmovió á la muchedumbre.

Y Chersjalm sonreia...

—Cumple tu promesa, señor,—murmuró Goyolicaltzin, al oído del rey.

—Chontal, díle que puede irse á sus montañas, pero que nunca baje de ellas porque no le perdonaremos ya, -dijo Cosijoesa al intérprete, quien se acercó al vencedor transmitiéndole aquellas palabras:

—Quiero ser esclavo del rey; soy más fuerte y más ágil que cien, llevaré sobre mi espalda à la reina con la velocidad del águila, y si no, que me maten...

Mas el zapoteca, temiendo algo terrible de aquel hombre, le puso preso en su palacio, pensando domesticarlo poco á poco.

# IX

Un estupor inmenso hay en Teozapotlán. ¡La reina ha desaparecido!... Con su desaparición coincidia la partida del capitán mexicano Tiloilitzin y veinticinco guerreros que acompañaban á los embajadores, quienes habían llegado á pedir permiso á Gosijoesa para que por el valle en que se asentaba su reino pasasen las tropas de Ahuitzolt; mas no era sino el pretexto para arrebatar al rey zapoteca la reina Goyolicaltzin.

Así lo comprendió el astuto hijo de Zaachilla; pero del rapto debía hacer ya dos días, ¿cómo perseguirlos si ya estarían unidos con tropas auxiliares mexicanas, que esperaban en las gargantas de las Mixtecas?... ¿Qué hombres águilas encontraría para recobrar á su esposa?

Entonces se acordó de Chersjalm... ¿Mas si este tremen-

do jigante la robaba?

-Al menos no logrará sus planes Ahuizotl, ni podrá arrancarle à mi esposa el secreto de mis ejércitos ni del veneno de sus flechas!—exclamó Cosijoesa. Y como ellos disparado, partió Chersjalm, quien reconociendo el secreto de los caminos de las montañas en vertiginosa carrera que no detenía ni para comer, fué recto tras los guerreros mexicanos, esquivando sus exploradores con audaces rodeos... Al fin olfateó con delicia el perfume del cuerpo de la reina! Y guiado por él, una noche sorprende la guardia en la falda de un monte, y derribando obstáculos con un recio tronco de arbol que llevaba, llega hasta el lecho de la hija de Ahuizotl, la toma en brazos y con ella parte feliz, soberbio como nunca, orgulloso de llevar al rey tamaño tesoro, esperando que después le permitan conducirla en su trono de oro y perlas...

Ella al pronto se creyó perdida y, desmayada, no supo nunca cómo Chersjalm pudo salvarla á través de las ágrias sierras.

· X

Cosijoesa, loco de alegría, sabiendo que Coyolixcaltzin le amaba más que á su alevoso padre, el Emperador Ahuitzotl, á quien él no revelaría nunca el secreto de los ejércitos del reino zapoteca, otorgó al chontal el placer divino de cargar como tímido esclavo á la reina generosa que le apartara de la barbarie con la dulce fragancia de su ternura.

Por eso el tremendo devorador de entrañas humanas, el rey bárbaro, temido por los lagartos y amigo de las águilas, marcha orgulloso y feliz cargando ligado á su espalda, el trono de los reyes zapotecas, conduciéndoles ágilmente, lo mismo á los placeres de sus jardines, que al estruendo de las batallas que de nuevo engendraron los rencores de Ahuizo.





...El cazador ante la bestia negra!

# Ave de amor y bestia de odio

1

más los señorios y reinos de Tehuantepec vivieron más tranquilos y gozando mejor prosperidad, que cuando vivió el emperador zapoteca, el primogénito de Cosijoesa, este ya anciano, ya necesitando que las esclavas doncellas de la corte de su digna y tierna esposa, peinasen sus cabellos blancos y los ungiesen con el aroma de las flores más exquisitas bendecidas por el sumo sacerdote del gran Palacio de Mitla.

El hijo del buen rey pasó á las maravillosas regiones del Sur, aclamado, glorificado, divinizado casi.

Después, cuando todos los súbditos de los amados reyes zapotecas supieron los tristes acontecimientos que entenebrecieran las rosas magnificas de la diadema del joven principe, cuando aquellas escenas de horror se desarrolla-